

DE MADRID AL VESUBIO.

(VIAJE POR ITALIA)

1425
por 1847
D. JOSÉ DE LASA.

ENTREGAS

5062748

(Vease la cuarta plana.)

MADRID.—1873.

IMPRENTA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 8.

L47
2676

DE MADRID AL FERROVIO

AL SEÑOR DON JUAN

AL SEÑOR DON JUAN

MADRID

(Vaseo de cuenta pida)

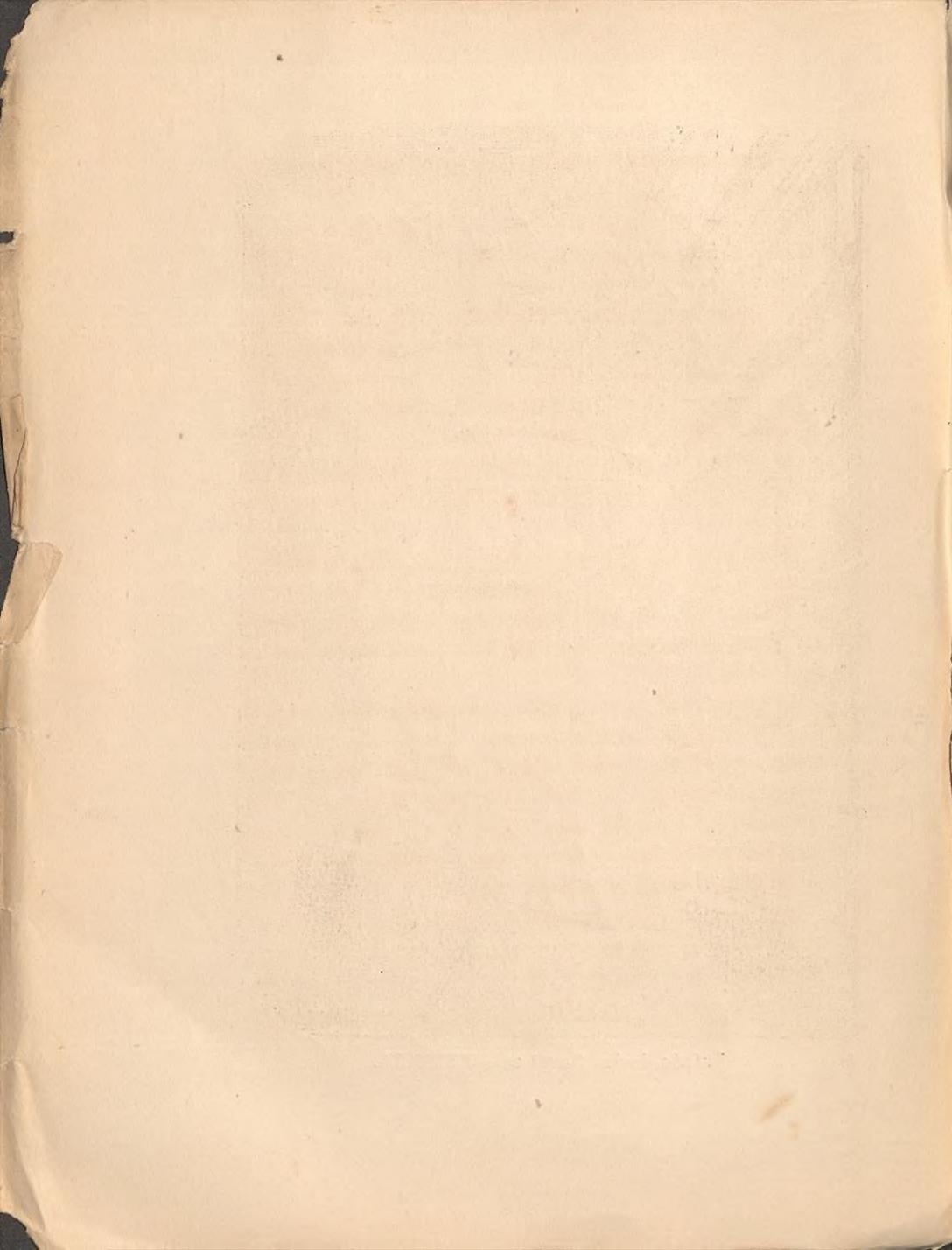
MADRID

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE MADRID

247-2676



Puente de los Suspiros.—VENECIA.



Por lo demás, Pau no tiene nada, fuera de lo que acabamos de mencionar, digno de notarse.

Lo que mas embellece á Pau son sus hoteles, sus casas, sus quintas, sus paseos, y sobre todo su situacion; poblacion de veinte mil habitantes, no deja de tener su vida propia, pues hace bastante comercio en artículos de primera necesidad, en vinos, jamones y castañas. Sus paseos, escusado es decir tienen grandes alicientes, por lo que ya hemos expuesto; tiene una esplanada magnífica, rodeada de árboles, enfrente del cuartel militar.

Sus templos católicos son bastante bellos, especialmente el construido hace poco y bautizado con el nombre de *San Martin*.

Sus calles son bastante anchas y espaciosas, especialmente la que conduce á la antigua carretera. La plaza de Granmont es magnífica, pues está casi toda ella rodeada de pórticos altísimos, con su jardin y alameda en uno de sus extremos.

La Plaza Real está decorada con una estatua de Enrique IV, obra de Raggi; y en cuanto á paseos, los más preferidos, son el parque del antiguo convento de Barnabitas, convertido despues en Liceo, y el paseo *Basse-plante*.

Tambien el viajero curioso, puede visitar en Pau la casa en donde nació Bernardotte, que es la señalada con el número diez y seis en la calle de Tran.

Nada resta ya que hacer en Pau; todo está visto, todo admirado, todo contemplado, podemos seguir nuestro camino, pero antes, vamos á hacer una pequeña escursion á Aguas-Buenas y á Aguas-Calientes, pues os aseguro que la cosa lo merece.

Horas de salida de los trenes.

De Bayona á Pau.—A las 5,40 de la mañana; á las 9,45 de la misma, y á las 6,45 de la tarde.

Precios de los asientos.—Primera clase, 13 francos 5 céntimos.—Segunda id., 9 francos 80 céntimos.—Tercera id., 7 francos 20 céntimos.—Todos estos trenes tienen asientos de todas clases.

En cuanto á los hotetes, en Pau, todos puede decirse que son de primer orden, porque Pau, como hemos dicho, es, más que nada, sitio de reunion de ingleses, que todo lo pagan caro.

Son varios, y en honor de la verdad, buenos todos; pero los más notables son el hotel *Gassion*, el de *France*, el de la *Poste*, el de *Beau-Séjour* y el de la *Daurade*.

Como edificio, como *confort*, nada comparable al hotel *Gassion*; como *vistas*, inmejorable; como *caro*, no lo puede ser más. El edificio no tiene rival; es una masa maciza de piedra, de una elevación tal, que por la parte del Mediodía tiene seis pisos, de los cuales, en el bajo están los comedores y café; por dicha parte tambien casi todos los huecos de los balcones tienen su correspondiente globo de luz, que de noche le dan un aspecto grandioso; servicio y comida inmejorables; los precios de los cuartos son desde cinco francos en adelante, siendo más caros los que tienen enfrente el panorama ya descrito.

El hotel de *France* tiene casi las mismas condiciones; pero nosotros recomendamos el de la *Poste*, que si bien no tiene tan excelente posición, es, para su cualidad de primer orden, económico. El precio de la estancia, todo incluido, viene á ser el de unos diez francos diarios, que es el corriente en todos los hoteles de Pau, á excepcion del *Gassion*, cuyo mínimum es el de diez y ocho á veinte francos; eso si, con todas las comodidades que se puedan apetecer.

CAPITULO IV.

Bielle-Laruns.—Aguas-Buenas.—Sus aguas.—Sus pascos.—Noticias prácticas.

Pintoresco y alegre es el camino que conduce de Pau á Aguas-Buenas; caminando siempre á orillas del Gave de Pau, que más tarde toma el nombre de Gave de Ossau, no se cansa la vista de admirar las verdes colinas que festonean el camino.

Atraviésanse las aldeas de Gan, fortificada en algun tiempo, las de Rebenac y de Sevignac, desde la cual se descubre un punto de vista bastante bello, al bajar hácia el valle de Arudy; la en otro tiempo capital del Ossan, villa de Bielle, con una iglesia gótica, claustro del mismo género é inagotables canteras de mármol blanco.

Á poco rato despues se entra ya en el puebio de Laruns, y en el valle del mismo nombre, y ya allí empiezan á sucederse á las verdes colinas, montañas pizarrosas, picos de elevada cumbre; un aire sutil se apodé-

ra insensiblemente del viajero, que tiene entonces necesidad de echar mano de los abrigos que todavía van reducidos á su mas mínima espresion, envueltos en fuertes correas.

Llégase al punto de bifurcacion de los dos caminos, uno de los cuales conduce á Aguas-Calientes, y otro á Aguas-Buenas, despues de haber atravesado el rio *Arrieuze*, y el *Gave d'Ossau*, y allí empieza la empinada série de planos inclinados que nos han de conducir á Aguas-Buenas.

El camino está bien construido, y es lo suficientemente espacioso para que puedan circular tres carruages, uno al lado del otro, sin tropezarse; atraviésanse altos puentes que son la cúspide digamoslo así, de hondos abismos, por los cuales corren rápidas corrientes que se forman en la cumbre de las montañas á causa de los deshielos. A cada paso se encuentran hilos de agua que surten de entre las paredes que bordean el camino, agua de inestimable frescura y de una pureza sin límites, pues que se forma entre las rocas, ó á lo ménos se filtra por entre estas.

Se vé por fin el pueblo de Aguas-Buenas, y allí es de ver el estrépito que se arma; si vas en diligencia, lector, como son dos las empresas que se disputan á los viajeros, están en *concurrence* como ellos llaman, y así es que procuran en el camino, alcanzarse la una á la otra, y como en Aguas-Buenas el camino se bifurca en dos direcciones, la una al hotel de France, y la otra hácia el hotel de los Principes, aunque haya, como hay una gran cuesta, empiezan á correr los dos vehiculos; tocando los conductores aires marciales en un ronco trompetin que llevan á prevision.

Y no es esto solo; las criadas y sirvientes de los hoteles, que

de nada más que de hoteles se compone. Aguas-buenas, cercan el carruaje, se agolpan á las ventanillas y se disputan los viajeros, hasta que los *enganchan* para sus respectivas casas.

Pero aun espera al viajero otra sorpresa al bajar del carruaje; como todos los que viven en Aguas-Buenas tienen su respectiva industria, ya sabe cada cual lo que le toca hacer; así es que por lo regular en nada se entremete ninguno como sea invadir los dominios de sus compañeros de *explotacion*, y por tanto es curioso lo que sucede al viajero, como hemos presenciado más de una vez.

Baja el viajero, vé á un hombre robusto, y le ordena cargue con su equipaje.

En mal hora; adelántase un *facteur*, y con los ojos animados por el vino, quitándose la gorra, la pone sobre la maleta ó baul, como en señal de posesion, y exclama.

—¡Este equipaje me le llevo yo!

El viajero protesta, quiere disponer de lo suyo, pero la voz del *facteur*, vuelve á resonar,

—¡Este equipaje no le lleva nadie más que yo!

Nueva cólera del viajero; pero como á todo esto se ha formado ya un corro de gente, no tiene más recurso que ponerse colorado y dejar obrar al *que nadie más que él* lleva su equipaje, teniendo que pagarle un par de francos por cada baul que trasporta, aunque sea á la casa de al lado.

Ya instalados en el hôtel, la primera visita del viajero, es al médico que haya elegido, siendo la cuestion del médico reneglon que suma algo, pues no baja de doce á diez y seis duros lo que se le dá. Más como no es nuestro ánimo detenernos á hacer una estacion de enfermos en Aguas-Buenas, no diremos más que dos palabras acerca de estas aguas.

Son muy reputadas, y con justicia creó; depende Aguas-Buenas de la commune de Aaas, datando la reputacion de sus manantiales desde el siglo xvi, en que Enrique de Albret, condujo allá sus soldados heridos en Pavia. Las curas obtenidas son grandes y asombrosas.

Aquello es una colonia universal; su poblacion, cosmopolita; se ven ingleses, españoles, franceses, alemanes, americanos, yankees, brasileños, etc. etc., que desde remotas tierras van en busca de la salud á este pueblo.

La vida, por tanto, de la colonia, es la que la colonia le presta, vida que nunca varía.

Tómase el agua la primera vez á las ocho; se *pasea* el agua; vuélvese á las nueve; vuelta á pasear para almorzar á las diez; despues del almuerzo se baja á los salones de las fondas, á hacer las señoras su poquito de *croché criticado* (punto nuevo) y los hombres á jugar al tresillo, baccarat ó ecarté. A las cuatro se toma otra vez el agua, y se baja al jardin Darvalde á sentarse debajo de los árboles á escuchar los acordes de una mala orquesta, que allí es escogida, por la sencilla razon de que no hay otra.

A las cinco se come, y despues se vá á recorrer el *horizontal*, paseo utilísimo, como despues diremos, para la salud, *desutilísimo* para el bolsillo, por lo que tambien diremos.

Llega la noche, todo queda sumido en el silencio, y la gente entra en sus habitaciones para despues bailar, y hablar un par de horas en los salones.

La posicion de Aguas-Buenas es inmejorable, siendo esto quizá una de las cosas que más contribuyen á la curacion del enfermo; pues los aires que allí reinan, son purísimos y embalsamados con el perfume de las flores y de los árboles de las mon-

tañas que rodean el pueblo de Bonnes (1). Todo el esta lleno, por tanto, de jardines de flores, de praderas aunque pequeñas, de cascadas, de grutas, en una palabra, de una variedad tal, que deleita.

Como hemos dicho, varias son las montañas que la rodean; las unas se van sucediendo á las otras, en progresion ascendente, y sobre todas descuella el Pic du Ger, roca de granito altísima, que parece desafiar al cielo, y cuya cumbre se vé las mas de las veces cubierta por las nubes, siendo un espec áculo encantador el ver á la caída de la tarde, cuando las penumbras del crepúsculo van invadiéndolo todo, desgarrarse el tupido velo que corona el *Pic du Ger*, y desaparecer una á una las nubes que forman aquel velo, apareciendo entónces coloreado por las rojas tintas de un sol poniente, la cumbre del pico, muda, silenciosa, pero erguida, imponente, y destacándose en el purísimo azul del cielo.

Los paseos son como los de ninguna parte; es decir que son paseos *ad-hoc*, hechos para allí, contruidos para los enfermos.

Los más frecuentados son; el paseo de la *Cascada*, el de la *Emperatriz*, el de *Jacques*, *Minot*, y el *Horizontal*.

El de la *Cascada*, es un paseito regular, es decir, de una estension bastante grande, pero lleno de kióscos rústicos, de *Chalets* preciosos, de pequeñas cascadas, y que termina con el gran salto de agua que vá á formar el Gave d'Ossau, y que tendrá cerca de doscientos piés de elevacion.

El paseo de la *Emperatriz* está á la salida del estableci-

(1) El pueblo se llama Bonnes, y por sus aguas Eaux-Bonnes ó Aguas-Buenas.

miento *termal*, y tiene dos entradas, una por la parte del Norte y otra por la del Oeste del establecimiento.

Es una sucesion de pequeñas cuestras; pero tan suaves, que no se dá uno cuenta de ellas: á cada paso, bancos para descansar, tiro de pistola y de carabina; lleno, en fin, de distracciones. Se puede, siguiendo á la inversa el mismo camino, y bajando una pendiente, entrar en el pueblo por medio de una cortadura practicada entre rocas, que forma una calle, pues sobre dichas rocas se han edificado casas.

El paseo de *Jacques-Minot* es por otro estilo: éste ya es más pendiente; por lo cual se suele hacer montado en borricos ó caballos, que todos los días, y despues del almuerzo y de la comida, estacionan en fila delante de los hoteles.

Pero el paseo por excelencia, el paseo más concurrido, sobre todo despues de la comida, es el *Horizontal*. Este, como su nombre lo indica, y formado á expensas de suscritores de la colonia de Aguas-Buenas, no tiene la menor inclinacion, prolongándose cerca de una legua, costeano la montaña de *Jacques-Minot*, y teniendo debajo de él el camino de *Pau*. Está lleno de socaliñas: de ruletas, de vendedores ambulantes, de ruedas de la fortuna y de *toupiés*, juego que era el que atraía mayor número de forasteros; pero que despues de todo no es más que comprar objetos por el doble de su valor, por medio de lotes que se obtienen jugando.

Respecto á las ruletas, durante mi permanencia allí, fué tanta la aficion que se despertó, que tuvo el *maire* que supri mirlas, pues se llegaron á cruzar cantidades fabulosas.

En pocas palabras; se pasa allí muy bien, pero se gasta muy bien.

El lujo en las señoras es desmedido, y mudan de trajes

tres y cuatro veces al día, alternando con las cintas y las flores, los encajes y los brillantes. También se vé alguna que otra loreta de alto tono circulando por allí, y arrastrando su lujo y desenvoltura al lado de una pobre enferma del pecho, cuya vida durará lo que la hoja de aquel año!

Hácense amenudo escursiones á puntos cercanos, y para eso están los guías, que es una de las cosas que más animan aquel cuadro. Robustos, con pulmones de hierro y excelentes ginetes, no conocen la fatiga y acompañan casi siempre á los bañistas en sus frecuentes escursiones.

Su trage es sencillo y vistoso: visten un calzon corto de pana, negro; un chaleco de lana blanca; chaqueta encarnada, de fino paño, y boina negra; cubre su nervuda pierna una media de grueso punto, pero que no llega hasta la punta del pié, sino que termina sobre el herrado zapato, á manera de polainas; cruza su hombro, á guisa de banderola, un látigo, que es una de sus habilidades, pues cuando entran ó salen del pueblo lo hacen restañar, para que el eco de las montañas repita mil veces su chasquido, figurando un fuego nutrido de fusilería.

Son tan audaces, que un día amaneció en Aguas-Buenas un cartel, en el cual se decia «que se apostaba cuanto se quisiera á que, saliendo de dicho punto á las dos de la madrugada (el que hacia la apuesta), llegaria al *Pic du Ger*, es decir, á la falda del monte (tres horas y media á pié), haria la ascension del pico (tres mil metros sobre el nivel del mar), bajaria; llegaria á la base del *Pic du Midi* (otras cuatro horas), verificaria su ascension (otros mil metros), volveria á bajar, y llegaria á Pau en el mismo dia (ocho ó nueve horas).» Todo esto á pié é invitando á quien quisiera acompañarle.

La apuesta tuvo lugar, y fué ganada por el guía Orteig, que así se llamaba el infatigable andador.

Esto es Aguas-Buenas: un pueblo lindísimo, siempre lleno de gente, en términos que á las horas de las tomas del agua hay que formar en fila para que le llegue á uno el turno.

En los pocos dias que estuve allí gocé muchísimo; pero nada igual, nada comparable á la ascension que verifiqué al *Pic du Ger*; pero esto merece capitulo aparte, y así pasemos á él.

Medios de transporte.—Las diligencias y coches particulares son los medios de conduccion de Pau á Aguas-Buenas. El asiento en la diligencia cuesta 6, 7 y 8 francos, segun que sea, en cupé, interior ó berlina; pero en la empresa de la *Concurrence*, sita en el Hotel de los Príncipes, cuesta, ajustando el asiento, 4, 5 y 6 francos respectivamente.

Las horas de salida de Pau son á las siete de la mañana y á las dos de la tarde, y de Aguas-Buenas á las siete de la madrugada y á las cuatro de la tarde. Un coche particular suele costar de 25 á 30 francos.

La temporada dura en Aguas-Buenas desde 1.º de Junio á últimos de Setiembre; pero la temporada de la afluencia de gente es desde 1.º de Julio al 15 de Agosto; y entonces es cuando está todo más caro.

Hoteles.—De primer orden: De los Príncipes, de Francia y de Richelieu. De segundo orden: De Oriente, des Empereurs, de París, de la Paz y de la Poste. De tercer orden: Del Universo, des Touristes, de los Pirineos y de los Estrangeros. Los precios varian desde 8 á 17 francos, todo comprendido: para comer bien, el Hotel del Universo.

Casas amuebladas.—Las principales son las de Tourné, Bonnacaze, Courreges, Capdevielle, etc.

Los caballos y borriquillos suelen costar en alquiler 5 francos los primeros y 2 los segundos, siempre que no exceda el camino que se ha de recorrer de una legua próximamente. Cada guía, con su caballo, 10 francos; y para la ascension del *Pic du Ger* 10 francos cada caballo, 20 el guía con su caballo, y almuerzo para el dicho guía.

Hotel, he donde tiene buen cuidado de estar situado. Frente al pie del cerro, como los antiguos romanos, y en el momento que nos fué preciso bajar las escaleras del hotel, llegando á su

Allí nos esperaba nuestro guía, teniendo de la parte trasera tres caballos, en los que montamos, entré el muelle de los hoteles, unas bien provistas sillas al guía, y fuimos en busca de los compañeros de caravana, que residían en otro hotel, y que eran un inglés y un francés.

Bajaron estos señores, á los que no teníamos el gusto de conocer, pero como la noche se adelantaba y no quedaba luz, como por encanto desapareció el muelle que nos poseía, y emprendimos, mi esposa á ir á caballo más derecha que un muro, y yo hasta á mirar con cariño al gigante que iba á recibir nuestra visita.

CAPITULO V.

Ascension del Pico de Ger.

De acuerdo con el guía, que nos habia encargado repetidas veces el madruguar, dejamos los mullidos colchones y dimos con nuestros cuerpos en tierra á las cuatro de la mañana, vistiéndonos apresuradamente, y, la verdad, con un poco de eso que se llama miedo, dentro del cuerpo: mi esposa, que á todo trance, con esa abnegacion propia de la mujer que ama, queria compartir conmigo el peligro, si le habia, tenia su *cerotillo* porque era preciso montar á caballo, y en su vida se las habia visto más gordas; y yo, porque el dia anterior, dia despejado y sereno, habia visto al ponerse el sol, pero dando todos sus reflejos en la cumbre del Pico, que éste no tenia muchos puntos de apoyo: todo esto con ayuda de un catalejo. Así es que, apenas vestido, me volví á asomar al balcón á *admirar la belleza* del Pico.

Un pequeño escalofrio recorrió mi cuerpo; pero ¡estaba escrito! y fué preciso bajar las escaleras del hotel, llegando á su

portal, de donde tuve buen cuidado de salir echando hácia adelante el pié derecho, como los antiguos romanos.

Allí nos esperaba nuestro guia, teniendo de la brida nuestros caballos, en los que montamos: entregó el *maitre d'hotel* unas bien provistas alforjas al guia, y fuimos en busca de dos compañeros de caravana que residian en otro hotel, y que eran un inglés y un francés.

Bajaron estos señores, á los que no teníamos el gusto de conocer; pero como la compañía tiene un no sé qué que regocija, cómo por encanto desapareció el *mieditis* que nos poseia, y empezamos, mi esposa á ir á caballo más derecha que un huso, y yo hasta á mirar con cariño al gigante que iba á recibir nuestra visita.

Al momento trabamos toda conversacion, como si nos hubiésemos conocido desde la niñez.

—¡Qué buen dia! decia el uno.

—¡Qué calor va á hacer! contestaba el otro.

—Déjelo Vd., hombre; déjelo Vd., que en el Pico hay nieve de sobra.

—¡En avant, messieurs; en avant! repetia el guia.

En fin, todo estaba dispuesto: imaginaciones, corazones y piernas. La mañana estaba deliciosa; el sol nos enviaba sus rayos, que todavía no abrasaban, á través de los copudos árboles del paseo de *Jacques-Minot*, por el que íbamos trepando: más adelante las altas encinas que hay en el *col de Gourzy*, agitado su follaje por la brisa, y el canto de los pajarillos por otro lado, todo parecia saludarnos. A medida que íbamos subiendo, un panorama vasto y variado se desarrollaba á nuestros ojos. Eran la graciosa *Montaña verde*, el negro *col de Torteš*, el risueño valle de *Ossau*, y las cumbres cubiertas de

nieve que dominan á Aguas-Calientes lo que nuestros ojos admiraban. Habíamos pasado ya la escalinata del *Gourzy*, sucesion de senderos cortisimos y en zig-zags; habíamos dejado atrás el *col de Breca*, y por fin á las nueve y media llegamos al valle de *Aucupat*, despues de haber atravesado las mesetas de *Anguillas* y *Cardona*, en donde detenía mi caballo para ver el panorama antes descrito; pero el guia me decia:

—¡En avant, en avant!

—¡Pero, hombre, déjeme Vd!

—Nada, lleguemos arriba, que despues verá Vd. todo lo que quiera.

—Más...

—Nada, nada, ¡en avant!

Y anda, anda que te andarás, trota que trotarás, al valle de *Aucupat*, para llegar al cual hay que pasar antes por estrechimos senderos con precipicios cubiertos de nieve á los piés, y á más de veinticinco varas de elevacion.

Ya en el valle, desensilló el guia los caballos, dejándoles en libertad para que pastasen á su albedrio, y á nosotros nos ordenó que subiéramos.

No quiero decirte, lector, el efecto que en mí causó aquella voz, semejante á la de un general que ordena al soldado ¡marchen! hácia el fuego. Veia enfrente de mí el Pico, y lastimábame de en dónde me habia metido; pero, en fin, como soldados que marchan al asalto de una fortaleza, empezamos á trepar, tan pronto andando sobre un césped esmaltado de gencianas, anemones y ranúnculos silvestres, tan pronto salvando enormes trozos de nieve, tan pronto agarrándose con piés y manos á blancas y peladas rocas. De cuándo en cuándo volvíanse nuestras cabezas á ver el camino recorrido, y

gritos de sorpresa se escapaban de nuestras bocas al ver el espectáculo que se nos preparaba.

Por fin, despues de hora y media de ascension, hétenos en la primera cumbre del Ger. El *salon*, con su parque de granito y sus agudas rocas por divanes, estaba á cincuenta pasos de nosotros, pero separado por dos abismos horrorosos, y no ofreciendo otro paso que una especie de muralla, ancha todo lo más de dos palmos, y erizada de finas agujas.

Aquí fué Troya: todos los terrores de la vispera y de la mañana asaltaron mi imaginacion, y el corazon se agitaba, no en *dulce calma*, como en *Jugar con fuego*, sino en precipitados latidos. Pero ¡ante la Francia y la Inglaterra, representadas por dos de sus individuos, volverse atrás! era imposible; tanto fué así, que reclamé el honor de ir el primero.

No sucedió lo mismo al francés, pues que temiendo al vértigo, se quedó en su puesto y no dió un paso adelante. Esto nos sirvió de mucho, pues que siendo aquel compañero, como despues vimos, un excelente dibujante, nos sorprendió á nuestra vuelta á su lado con un dibujo tomado del natural, que representa la cumbre del Ger y nuestro paso por encima de los abismos, dibujo que ofrecemos á nuestros lectores.

Rompí yo la marcha, conducido por el guia, que más que hombre, parecía cabra, y llegué al *salon*; pero vuelto de cara á mis compañeros: en primer lugar, porque no podia serme indiferente mi esposa, expuesta á un peligro grave, como yo lo habia estado, y por tanto dejar de tener clavados mis ojos en ella; y en segundo lugar nos habíamos prometido no mirar el panorama que desde allí se descubriría sin estar todos reunidos.

Por fin llegó á mi lado mi esposa, y entonces pudimos ver

al inglés que, excentrico y flemático como todos sus compatriotas, atravesaba el peligro á horcajadas sobre la muralla, ayudándose de sus piés y manos, y que al llegar á nosotros exclamó:

—¡Verry, verry, well!

Entonces respiramos; un grito de gozo se escapó de nuestros pechos, y nos apresuramos á devorar con los ojos el panorama grandioso y mágico que nos rodeaba.

Del Este al Norte, llenos los valles de confusas neblinas, parecían Océanos, de donde salian como islas las altas colinas, y como faros los picos de Penameda y de Gabisos.

A cerca de mil novecientos metros bajo nuestros piés la aldea de Aguas-Buenas, que se escondia y se dejaba ver alternativamente, segun que la movable cortina de las nubes la rodeaba ó se desgarraba bajo la influencia de un sol ardiente; al Noroeste las miradas se sumergian en el valle de Ossau hasta Pau, hasta Tarbes; al Oeste y al Sud un bosque materialmente de picos, con sus cumbres cubiertas de nieve, y despidiendo mil destellos al ser heridos por los rayos de la luz. Allí ni una niebla; allí no más que una luz viva y pura, en la cual se bañaban las crestas erizadas y los verdes costados de las montañas, y en medio de ese inmenso pueblo de rocas, elevándose como un rey, magestuoso, altivo, gigantesco, el Pico del Mediodia de Ossau, frente á frente de su hermano menor el Pico del Mediodia de Bigorre, medio velado por los vapores. En una especie de vasta copa, cuyas paredes principales forman el *Arriou* y el *Som de Séoube*, veíamos el lago de *Artouste*, sirviendo de espejo sus tranquilas aguas al azul del cielo.

Hubiéramos pasado horas enteras absorbiendo por todos los

poros de nuestro cuerpo aquel espectáculo, que por su variedad y grandeza nos fascinaba y hacia mover las fibras del corazón; pero la voz de nuestro guía nos advirtió que era preciso pensar en la vuelta. Cogimos algunas de las florecillas que exhalan melancólicamente su vida en aquel *salon*, dejamos en el hueco de una roca una targeta, que saludara á los que subieran despues de nosotros, y volvimos á pasar ya con más valentía el puente construido por la naturaleza entre las dos cumbres del Ger.

Arrodillados sobre la roca dimos gracias á Dios y á la Virgen de Aguas-Buenas que nos habian protegido en nuestra ascension, y descendimos en menos de una hora á la meseta de *Aucupat*, en donde nos esperaban nuestros caballos y nuestro almuerzo.

Las piernas estaban bastante cansadas; pero los vacíos estómagos se confortaron é hicieron olvidar todas las molestias al recibir buenas tajadas de rosbifk, salchichon y jamon en dulce, mezclados con el vino casi helado que encerraban algunas botellas de Médoc, enterradas en la nieve. Finalizó el almuerzo con el contenido espumoso de un par de botellas de Champagne, brindando todos á las delicias de aquel dia, cuyo recuerdo cada uno guardaria como uno de los mejores de sus viajes.

A las dos estábamos ya en las sillas de nuestros caballos, y á las cuatro y media hacíamos nuestra entrada en Aguas-Buenas.

Mirabilis in altis Dominus! El Señor es admirable en las alturas, ha dicho un poeta inspirado, David.

Hé ahí la palabra que mejor reasume nuestros sentimientos y emociones en esta ascension.

CAPITULO VI.

Poco me resta ya que hablar de los bajos Pirineos franceses, por mas que mucho se pudiera decir; pero es tanto todavia lo que tenemos que narrar, que describir, que nos faltaria espacio para ello; así es que tan solo vamos á decir dos palabras sobre Aguas-Calientes, que está á poca distancia de Aguas-Buenas.

Conforme se baja hácia Pau, y poco antes de llegar á la union del Arrieuze con el Gave d'Ossau, el camino se bifurca y sigue á la izquierda en direccion del pueblo que vamos á visitar.

Si queremos servirnos de una expresion propia, el camino de Aguas-Calientes es terrible. Una carretera abierta á fuerza de brazos y dinero en la roca viva, y un murallon al lado derecho del camino para impedir una desgracia casual; montañas altísimas á derecha é izquierda, cascadas y torrentes por todas partes, desfiladeros angostos, hondos precipicios, cuyo

lecho lo forman las espumosas aguas del Arrieuze, que corren bravias y desbordadas; eso es el camino de Aguas-Calientes.

Llégase, por fin, á este punto, que tiene bastante de triste, y en media hora puede decirse que está visto el pueblo. Una ó dos calles, con casas acá y acullá, sueltas, esparcidas, dos ó tres hoteles y el establecimiento termal; hé ahí lo que es este pueblo.

Lo único digno de verse, y para lo cual os he traído á dicho punto, lectores, es para visitar la gruta que existe á una hora, poco más ó ménos, del pueblo.

Tómanse caballos ó borriquillos, que allí no faltan, y empréndese la marcha á través de las montañas, entre árboles, espinos y zarzales.

Sirve como de antecámara á la gruta la cabaña del guía, que mediante la suma de seis reales por persona proporciona su brazo y sus antorchas, y al que la quiere, pagándola se entiende, una luz de bengala para dentro de la gruta.

Esta es enorme, de una estension de un kilómetro por lo ménos; forman su entrada varias estalactitas y estalagmitas unidas por sus puntas, y en su fondo corre impetuoso un torrente que se precipita mugiendo por la misma á causa de su pendiente, siendo su frialdad extremada. Hay construidos puentes sobre algunas piedras que sobresalen, de modo que se puede visitar hasta el fin; pero, francamente, no veíamos todos el momento de salir de aquel antro, y no era para nosotros, pues la débil armazón que sustentaba á diez personas que componíamos la comitiva podía romperse á lo mejor, y ya ¡adiós para siempre! Además, la oscuridad apenas rota por las dos antorchas de que íbamos previstos, infundía un vago

temor, que parecía acrecer con el sordo ruido del torrente que se deslizaba rápido á nuestros piés.

Encendió el guía al final de la gruta la luz de bengala de que íbamos provistos, y la verdad es que aquello nos pareció una gruta de hadas; el torrente de luz que se escapaba de la llama de bengala, reflejándose en el granito de las paredes de la gruta, le daba un aspecto fantástico, la causa de los destellos vivisimos que despedían dichas paredes.

Pero la llama se acabó, la oscuridad reinó de nuevo, y no hubo más remedio que salir afuera. Con qué gusto respiramos todos el puro ambiente de la tarde! Qué hermoso nos pareció el día!

Resolvimos bajar la cuesta que nos conducía á Aguas-Calientes, pagamos el importe del alquiler de nuestras monturas asnales, y deshicimos lo andado; es decir, volvimos á Aguas-Buenas, á fin de descansar, para el día siguiente á la madrugada emprender nuestro viaje á Pau, con el objeto de seguir adelante.

Llegó el día siguiente, nos despedimos de Aguas-Buenas, dirigimos una postrera mirada al Pico del Ger, y á las once y media próximamente entraba al escape por las calles de Pau la diligencia, en la cual iban metidos nuestros cuerpos.

No hicimos más que detenernos el tiempo suficiente para almorzar, pues á la una y media salía el tren de Pau con dirección á Lourdes, que debía ser otra de nuestras escursiones en el camino elegido para nuestra marcha á Italia, y por fin, á las tres de la tarde dábamos vista á la montaña de la gruta, donde tiene su asiento la estatua de la Virgen.

Quando llegábamos, una procesion inmensa, de las infinitas que allí hay, bajaba de rezar el Calvario por la montaña,

no pudiendo definir el encanto que causaba el ver todas aquellas tiernas doncellas vestidas de blanco, con estandartes, lúdes y flores, entonando cánticos de amor y cariño á María Santísima, y deteniéndose al pié de la gruta de que hemós hecho mención para dirigir de nuevo á la Señora nuevos cantos de alabanza en loor de su pureza virginal, cánticos que debían encontrar cabida en el pecho amorosísimo de la Madre de Dios.

Llegamos á la estación, bajamos de nuestro departamento, y la primera cosa que hicimos fué tomar un carruaje y dirigimos á la gruta de la milagrosa aparición; á la que llegamos, y cuya historia voy á narrar en el capítulo siguiente.

Observaciones.—Horas de salida de los trenes de Pau á Lourdes, á las 5 de la mañana á las 9 de la misma y á la 1 1/2 de la tarde.

Precios de los asientos.—En primera clase, 4 francos 85 céntimos.—Segunda idem, 3 francos 65 céntimos.—Tercera id., 2 francos 65 céntimos.—Estos trenes conducen carruajes de todas clases.

Un carruaje para ir á la gruta, 2 francos.

La pequeña villa de Lourdes está situada en el departamento de los Altos Pirineos, en la embocadura de los ricos valles de Lavedan, entre las últimas ondulaciones de las colinas que terminan la llanura de Tarbes y los escarpados montes que empiezan á formar la Montaña Grande. Las casas, irregularmente situadas en un terreno accidentado, están agrupadas alrededor de la base de un peñascó enorme, y sobre el cual está izado un formidable fuerte; al pié de dicho peñascó, el Gave corre tumultuosamente, haciendo girar las soñoras ruedas de tres ó cuatró molinos.

Dicho fuerte, casi inespugnable antes de la invencion de la artillería, tiene su pequeña historia ó tradicion, que data nada ménos que del tiempo de Carlomagno, el cual, sitiando dicho castillo, ocupado por infieles, y no pudiendo tomarle á viva fuerza, iba á levantar el cerco, cuando en ese momento un

CAPITULO VII

Lourdes.—Su castillo.—La familia Soubirous.—Bernadette.—Las rocas Masavielle.

La aparicion.—Consejo infantil.—Nueva aparicion.—Historia de este suceso.—Vida actual de Bernadette.

La aparicion.—Consejo infantil.—Nueva aparicion.—Historia de este suceso.—Vida actual de Bernadette.

águila, al pasar por encima de la torre más alta de la fortaleza, dejó caer en ella un pescado magnífico que acababa de cojer en un lago vecino; y cuentan que el jefe de los infieles, viendo en este hecho un prodigio, se convirtió al cristianismo (1). Testigos mudos de este hecho extraordinario son las armas de la villa, tres torres de oro en roca de plata, y coronada la torre más alta con un águila que tiene en el pico una trucha, de plata tambien.

Tan pronto asilo de bandidos en la Edad media, tan pronto prision de Estado en el siglo XVIII, el castillo de Lourdes, en la Revolucion francesa, dió cabida en sus encierros á criminales cuyas faltas eran las siguientes, y que constan en los registros del archivo del castillo: *Incivique*.—*Ayant refusé le baiser de paix au citoyen N.... devant l'autel de la patrie*.—*Tracassier*.—*Yerogne*.—*De glace pour la Révolution*.—*Caractere tartufe, réservé dans ses opinions*.—*Caractere menteur comme un arracheur de dents*.—*Pacifique Harpagon*.—*Indifférent pour la Révolution*, etc., etc. (2).

Perdida, sin embargo, la importancia del castillo de Lourdes, gracias á los adelantos de la artillería, la villa perdió mucho, y estaba sumida en una especie de somnolencia; propia de las ciudades que han sido algo y dejan de serlo; cuando ocurrió el hecho que vamos á referir.

Las once de la mañana acababan de dar en el reloj de la iglesia de Lourdes, el día 11 de Febrero de 1858; una pobre familia, compuesta de los padres Francisco Soubirous y

(1) El pescado era un signo popular del Cristianismo en aquella época.
 (2) *Incivismo*.—Rehusó dar el beso de paz al ciudadano N. ante el altar de la patria.—*Quiquilloso*.—*Borracho*.—*Frialdad por la Revolución*.—*Carácter gazmoño, reservado en sus opiniones*.—*Carácter embusteró como un sacamuelas*.—*Pacífico Harpagon*.—*Indiferente por la Revolución*, etc., etc.—*Bascles de Lagreze*. *Crónica de la villa y de la ciudad de Lourdes*.

Luisa Casterat, y de cuatro hijos, el mayor de los cuales apenas contaba catorce años, se preparaba á comer su pobre refrigerio, cuando notaron la falta de leña para calentar la comida. — Vete á recoger algunas ramas secas en la orilla del río ó al monte del pueblo, dijo la madre á su segunda hija, llamada María.

María se puso sus zapatos. Bernadette, que así se llamaba la mayor, niña delicada, asmática de nacimiento, miraba con el rabillo del ojo los preparativos de marcha de su hermana, hasta que al fin dijo á su madre:

— Yo también iría y traería mi paquete de leña.

— No, respondió su madre; tienes tós, y te pondrias peor.

Pero en aquel momento entró una niña de la vecindad, Juana Abadid, que uniendo sus ruegos á los de Bernadette, logró el permiso anhelado.

Salieron las tres niñas de la casa, y fueron á parar al extremo de la isla del Chalet, justamente en frente de la gruta que vamos á describir.

Nada más salvaje y desierto en aquel tiempo que las rocas Masabielle (1), á cuyos piés corría el Gave; nada más agreste y solitario.

A algunos pasos de la confluencia del río y del canal de un molino cercano, encima del borde del arroyo, la roca estaba y está, atravesada ó ahondada en su base por tres escavaciones irregulares, bastante extrañas en su colocación, y comuni-

(1) Masabielle, en patés, roca vieja.

cándose entre ellas como los agujeros de una gigantesca esponja. La primera, es decir, la que está al nivel del suelo, y cuya entrada la forma un círculo asaz puro en su forma, tiene una extensión bastante grande, y está como abovedada; las otras dos escavaciones están sobre esta, superpuestas y comunicándose entre sí.

Algunas ramas secas caídas de los arbustos situados en las anfractuosidades de la roca, tapizaban aquel día este lugar desierto, y gozosas de su encuentro, las niñas Juana y María, se quitaron bien pronto sus zapatos de madera y atravesaron el arroyo.

—¡El agua está muy fría! exclamaron al pasar al otro lado del arroyo.

Bernadette, ante la exclamación de sus compañeras, tuvo miedo á la frialdad del agua.

—Echad dos ó tres piedras grandes al medio del arroyo, les dijo, para que pueda pasar sin mojar-me los piés.

Pero las dos niñas, ocupadas en llenar cuanto antes sus cestos con la leña, no quisieron perder tiempo, y le contestaron:

—Haz como nosotros, y mójate los piés.

Bernadette se resignó, y recostándose en un saliente de la roca, empezó á quitarse sus zapatos.

Era cerca del medio día.

El *Angelus* debía resonar en aquel momento en todos los campanarios de las aéreas pirenáicas.

En ademán de quitarse su primera calceta estaba Bernadette, cuando oyó como el ruido de un soplo formidable de viento que se levantaba en la pradera, sin duda.

Creyó en un repentino huracán, y se volvió instantáneamente.

«Pero con grande sorpresa suya, los álamos blancos que bordean el río estaban en una completa inmovilidad.

—Me habré engañado, pensó.

—Volvióse á descalzar.

—En aquel momento el impetuoso sonido, de aquel ruido desconocido, se hizo oír de nuevo.

Bernadette levantó la cabeza, miró enfrente de ella, y arrojó un grito que se apagó al momento en su garganta ante el espectáculo que tenía ante sus ojos.

En la escavacion superior formada en la roca, encima de Bernadette, estaba de pié una mujer de incomparable hermosura.

—Su rostro, parecia, por su color, sombreado por los tintes de la rosa y del jazmin. Su frente de una pureza sin mancha, elevada hácia el cielo parecia implorar la divina clemencia para los habitantes de este suelo. Sus ojos, de un azul purísimo, retrataban un amor casto y sin limites. Sus vestidos, formados sin duda en el taller de los cielos, deslumbraba con su blancura. Una túnica larga, en castos pliegues, caía sobre sus desnudos piés; un flotante velo se anudaba alrededor de su cabeza, y toda ella aparecia rodeada de una luz infinita, que sin embargo no heria como los rayos del sol.

Nada decia la aparicion, pero más tarde, su propia palabra y los hechos milagrosos que se sucedieron (1) debian atestiguar que era la Virgen Inmaculada Maria, madre de Dios.

Bernadette quiso persignarse, más no pudo.

Entonces la aparicion levantó su brazo, y con ademan su-

(1) Para más detalles sobre este nuevo extraordinario, consúltese la obra de Henri Laserre, *Notre-Dame de Lourdes*, de la cual hemos entresacado los principales datos sobre este punto. A cada cual lo suyo.

blime hizo la señal de la cruz, y con ella Bernadette, que en seguida comenzó á recitar con su rosario la salutacion an-gélica, el Ave-María; más en el momento en que la termina-ba diciendo: *Gloria al Padre*, etc., la vision desapareció de re-pente, dejando á Bernadette sumida en una agonía sin lí-mites.

La escena habia durado un cuarto de hora próximamente. Juana y Maria, si habian visto á Bernadette arrodillarse y rezar, pero eso es tan frecuente en los niños de aquellas mon-tañas, que no les extrañó.

Bernadette, completamente absorta en su vision, no notan-do nada que manifestara asombro en los rostros de las niñas, acabó de descalzarse, atravesó el rio, y se juntó á sus com-pañeras.

—¿No habeis visto nada? Preguntólas.

—No, respondiero ellas. ¿Has visto tú algo?

Bernadette, obedeciendo sin duda á un móvil interior, con-testó:

—Si nada habeis visto, nada tengo que deciros.

Respuesta que encerraba una gran sabiduría, y con la cual evadia el responder á la pregunta de sus compañeras, sin que la mentira manchase sus lábios.

Entre tanto, los haces de leña estaban terminados. Los tres niños volvieron á tomar el camino de Lourdes.

Pero Bernadette no habia podido disimular su turbacion; en el camino, María y Juana le atormentaron para saber lo que habia visto.

La pequeña Bernadette cedió á sus instancias y á la pro-mesa de guardar el secreto.

—He visto alguna cosa, vestida de blanco

Y les describió en su lenguaje su maravillosa aparición.

—Hé ahí lo que he visto, dijo, pero por Dios, no digáis nada.

Sus compañeras, con la inocencia de su alma pura, no dudaron sería verdad la aparición, pero con su instinto de temor propio en los niños, dijeron á Bernadette:

—Puede ser que sea alguna cosa que quiera hacernos daño; no volvamos más, Bernadette.

Escusado es decir, que apenas llegaron á la casa, las *confidentes* de Bernadette se lo contaron todo á su madre.

—¡Eh! Esas son niñerías; ¿qué me cuentan estas? preguntó Luisa Soubirons á su hija Bernadette.

La pobre niña contó cuanto había visto.

—¡Vaya! Repito que son niñerías; en fin, sea lo que sea, os prohibo volver.

Bernadette se resignó, pero como estaba escrito que volviera, apenas el día del domingo lució para los habitantes de Lourdes, instó tanto con sus hermanos que logró la dejaran ir.

Empero antes, hubo consejo infantil, y algunas que sabían algo de catecismo, dijeron:

—De todas maneras, es necesario llevar agua bendita y echársela; si es el diablo, se irá; y si es cosa de Dios, la dices: «Si vienes de parte de Dios, acércate, y si del demonio retírate.»

El fallo *del consejo* fué aprobado por unanimidad, y provistas de una botella de agua bendita se dirigieron á la gruta.

Nada vieron al principio.

—Recemos, dijo Bernadette, el rosario.

Apenas comenzado este, el semblante de Bernadette se tras-

figuró; una expresion, que no tenia nada de humana, animaba su semblante.

De pié, sobre la roca, vestida como la primera vez, la aparicion maravillosa acababa de manifestarse á sus ojos.

—¡Miradla, miradla! dijo Bernadette, ¡ahí está!

Pero las pobres niñas, cuya vista estaba aún cubierta por un velo carnal, nada podian ver, y una de ellas alargó la bottella á Bernadette.

Esta, acordándose de su promesa, vertió algunas gotas de agua en el hueco de la palma de la mano, y roció varias veces á la aparicion, diciéndola:

—Si vienes de parte de Dios, acércate.

La Virgen, ante aquel aparato de guerra, con una sonrisa celestial, se adelantó, y al verla tan bella, tan resplandeciente, no tuvo fuerzas Bernadette para añadir: «Si vienes de parte del demonio, etc.»

Desapareció la Virgen; el rumor circuló bien pronto entre todos los habitantes de Lourdes, que al pronto no dieron crédito alguno á lo dicho por Bernadette.

Las apariciones se sucedieron á los ojos de Bernadette, que tuvo el placer de oir de boca de la Virgen, «que era La Inmaculada Concepcion.»

No es nuestro ánimo, ni podemos hacer una reseña detenida y circunstanciada de todo lo sucedido, y así, á grandes rasgos, vamos á narrar lo que resta.

El suceso tomó incremento; la policia, el prefecto, se mezclaron en el asunto, miles de personas acompañaron á Bernadette en sus escursiones á la gruta.

Allí la veian de rodillas, en éxtasis, rezando, y hasta una vez observaron que, habiendo levantado la mano Bernadette

en actitud de asombro, á la altura de la llama del cirio encendido que en la misma tenia, el cirio no cayó al suelo, y la llama osciló entre los dedos de Bernadette sin que esta notara la más pequeña molestia ni el más mínimo calor.

Para los incrédulos existe tambien la fuente de *agua natural*, que brotó de la peña viva, donde era imposible naciera agua, al simple mandato de la Virgen, que dijo á Bernadette:

—Id á beber y á lavaros en la fuente, señalando con su mano á la roca, ó más bien á la tierra que la rodeaba.

Bernadette fué de rodillas al sitio indicado, escarbó con sus dedos la tierra, y gota á gota, un agua cenagosa al principio, clara y limpia despues, brotó de aquel lugar en un hilillo sutil, que á poco tiempo se convirtió en manantial abundantísimo.

Esta agua, natural, sin propiedades curativas de ningun género, humanamente hablando, ha hecho curaciones asombrosas, milagrosas.

Ha dado vida en ocasiones en que su empleo, segun la ciencia humana, debiera haber dado muerte.

La aparición de la Santisima Virgen tuvo sus adeptos, tuvo sus enemigos acérrimos.

Las autoridades del país, en contra.

La pobre Bernadette, interrogada á cada paso; ni promesas, ni amenazas la hicieron incurrir en la más pequeña contradicción.

La Iglesia, con su prudencia habitual, estuvo empero alerta; una comision episcopal depuró los hechos, y dió á las curaciones un carácter sobrenatural.

Sin embargo, el ódio de las autoridades creció; hasta prohibieron se fuera á beber el agua de la gruta.

Fué preciso que el emperador Napoleon se mezclara en la cuestion, y por fin tuvo el asunto el fin que debia tener.

La imagen de la Virgen, en una estatua bellisima de mármol blanco, ocupa el sitio donde tuvo lugar la aparicion. Una verja de hierro cierra la entrada de la gruta, y no se ven más que ex-votos de mil formas, hacheros en donde se consumen, encendidos, mil y mil cirios.

Una multitud compacta invade todos los dias y á todas horas el átrio, llamésmole así, de la gruta.

A la izquierda de esta corre la fuente milagrosa, encerrada en un bonito poyo de mármoles, con la inscripcion *Allez boire et vous laver à la fontaine.*

Al lado de la misma hay un pequeño despacho, en el que se venden luces, libros piadosos, rosarios, etc., y latas ó botellas para poder transportar el agua; allí, sin retribucion de ninguna especie, lacran y ponen cápsulas á todo lo que se lleve con agua, con objeto de que pueda ser transportada esta.

Sobre la gruta, á la izquierda, se ha edificado un magnifico templo en honor de María, con su magnifica cripta; una escalera de caracol de piedra, conduce interiormente á la iglesia superior, es decir, á la que tiene por cimientto la cripta, y por el exterior un suave repecho conduce á la puerta principal.

Es innumerable el número de personas que confiesan y comulgan diariamente en la cripta de la iglesia; los encargos de misas son infinitos, y los sacerdotes allí establecidos, no bastan para cumplir todas las atenciones de la iglesia, sobre todo en el verano.

La animacion que allí reina, las continuas peregrinaciones a la gruta, muestran de una manera evidente el culto que allí se tributa á la Señora.

—¡Qué fé! El corazón cristiano se dilata y se ensancha en aquel sitio.

En cuanto á Bernadette, hoy día se encuentra en calidad de Hermana de la Caridad en el convento de Nevers. Su vida es retirada, y es para ella una gran contrariedad tener que presentarse en público.

Dios, sin duda, para reservarla mejor corona en el cielo, la colma de sufrimientos en esta vida, por lo que hace á su salud; un asma pertinaz, una tos seca, la molestan de continuo; ha habido momentos en que se la ha creído á las puertas de la muerte.

A todos cuantos se interesaban por ella en esos momentos, les respondía con envidiable dulzura:

—No moriré esta vez.

Tampoco queremos dejar de consignar varias de sus respuestas cuando tenían lugar las apariciones; respuestas dadas con la mayor sencillez á cuantos, quizás con un fin intencionado, la preguntaban algo sobre sus visiones.

Decíala uno.

—¿Cómo es que dices que la Virgen se expresaba en patuá bearnés? Niña, Dios y la Virgen no comprenden tu patuá, y no saben ese miserable dialecto.

—Si no lo supieran, contestó ella, ¿cómo lo sabríamos nosotros? Y si no lo comprenden, ¿quién nos haría capaces de comprenderle?

A un escéptico que quería burlarse de ella sobre el momento en que la Virgen le mandó comer yerba y beber el agua de la fuente, y que le decía:

—¿Cómo la Santa Virgen ha podido mandarte comer yerba? ¿Te tomaba por una bestia? le contestó.

—¿Es acaso, ó por ventura eso, lo que pensais de vos, cuando comeis ensalada?

La familia de la pobre Bernadette sigue tan pobre como siempre. María, la hermana de Bernadette, se ha casado con un honrado, pero modesto labrador; la otra compañera de Bernadette, Juana Abadie, está sirviendo de criada en Burdeos.

La pobre Luisa Soubirout, la madre de Bernadette, murió hace pocos años, precisamente el día 8 de diciembre, el día de la purísima Concepcion, título bajo el cual se apareció la Virgen á su hija. ¿Será esta coincidencia una prueba de su cariño?

Hemos dicho, y volvemos á repetir, que para más detalles, ningun libro como el de Henri Laserre, *Notre Dame de Lourdes*.

El autor de dicho libro, incrédulo, padecía de una enfermedad en el órgano de la vision que nadie habia podia curar; unas cuantas gotas del agua de la Gruta curóle en un segundo, y con ese motivo escribió el libro de que os hablo, visitando á las personas curadas como él, como él, enfermas: es una obra concienzuda, mereciendo por ella un breve de S. S. Pio IX, en el que encomia dicho libro. Leedle, y no os pesará.

En esa obra constan las curaciones mas milagrosas que con el agua de la gruta se han verificado, y no podemos resistir á copiar, á traducir íntegro un episodio de esa clase, sacado del libro de Henri Laserre, por más que parezca extraño á nuestra publicacion: pero esto lo vereis en el capítulo siguiente:

PUNTOS DE SUSCRICION

Se suscribe en las librerías de los Sres. Durán, Carrera de San Gerónimo núm. 2; San Martín, Puerta del Sol, 6; Gaspar y Roig, Izquierdo (Antes Príncipe), núm. 4; Tejado, Arenal 20.

PRECIO DE LA SUSCRICION

En Madrid, dos reales cada reparto semanal de cuatro entregas de ocho páginas y un grabado, que se satisfará en el acto de recibir el reparto.

En Provincias remitiendo veinte y cuatro reales, importe de doce repartos semanales, á la librería de Durán, y á la Administracion, Corredera Baja de San Pablo, núm. 2, piso 2.º izquierda.

Al final de la Obra se publicará la lista de los suscritores.